

SAN GREGORIO MAGNO
LIBRO II DE LOS DIÁLOGOS
VIDA Y MILAGROS DEL BIENAVENTURADO ABAD BENITO³
(Continuación)

4. LA TENTACIÓN ENTRE LOS HOMBRES

III,2. No lejos de: allí había un monasterio, cuyo abad había fallecido, y toda la comunidad dirigióse al venerable Benito, solicitando con vivas instancias que les presidiera. Él, negándose, lo difirió por mucho tiempo, diciéndoles de antemano que no podrían ajustarse sus costumbres con las de los hermanos; pero vencido al fin por sus reiteradas súplicas, dio su asentimiento.

3. Impuso en aquel monasterio la observancia de la vida regular, no permitiendo a nadie desviarse como antes, por actos ilícitos, ni a derecha ni a izquierda, del camino de perfección. Los hermanos, de quienes se había hecho cargo, locamente airados, empezaron a acusarse a sí mismos por haberle pedido que les gobernara, pues su vida torcida estaba en pugna con aquella norma de rectitud. Y dándose cuenta de que bajo su gobierno lo ilícito ya no sería más lícito, doliéndose de tener que renunciar a sus costumbres y les fuese duro, por otra parte, el tener que obligarse a abrazar cosas nuevas con su espíritu envejecido, y como quiera que la vida de los buenos se hace intolerable a los de costumbres depravadas, tramaron su muerte.

4. Después de decidirlo en consejo, mezclaron veneno en el vino. Cuando fue presentada al abad, al sentarse a la mesa, la vasija de cristal que contenía la bebida envenenada para que la bendijera, según costumbre en el monasterio, Benito, extendiendo la mano, hizo la señal de la cruz y con ella se quebró el vaso que estaba a cierta distancia; y de tal modo se rompió, que parecía que a aquel vaso de muerte, en lugar de la cruz, le hubiesen dado con una piedra. Comprendió en seguida el varón de Dios que debía de contener una bebida de muerte lo que no había podido soportar la señal de la vida. Y al punto se levantó de la mesa, y con rostro afable y ánimo tranquilo, convocados los hermanos les habló diciendo: “Que Dios Omnipotente tenga compasión de vosotros, hermanos; ¿por qué quisisteis hacer esto conmigo? ¿Acaso no os dije con anterioridad que eran incompatibles mis costumbres con las vuestras? Id y buscad un padre de acuerdo con vuestros caprichos, porque en lo sucesivo de ningún modo podéis ya contar conmigo”.

5. Entonces volvió al lugar de su amada soledad, y solo, bajo las miradas del celestial espectador, habitó consigo.

PEDRO. No acierto a comprender del todo lo que quiere decir “habitó consigo”.

GREGORIO. Si el santo varón hubiese querido tener por más tiempo sujetos contra su voluntad a los que de común acuerdo conspiraban contra él y eran tan desemejantes de su modo de vivir, tal vez hubiera ello excedido el ejercicio normal de sus fuerzas y el temple de su tranquilidad, apartando los ojos de su espíritu de la luz de la contemplación. Y en tanto se fatigaba un día y otro día en la corrección de todos ellos, hubiera desatendido sus cosas., y olvidándose a lo mejor de sí mismo, no hubiera sido de provecho a los demás. Porque, cuantas veces, bajo la violencia de una preocupación excesiva, salimos fuera de nosotros mismos, somos nosotros y, sin embargo, no estamos en nosotros, porque divagando por las cosas en torno, no reparamos en nosotros mismos.

³ De *Ecoute*, N° 261 y N° 262. Tradujo: Hna. Ma. Isabel Guiroy, osb. Monasterio Gozo de María (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

6. *¿Diremos acaso que vivía consigo aquel que partió a una región lejana, derrochó la herencia que había recibido, se ajustó con uno de los habitantes de allí y apacentó los puercos, a los que veía comer bellotas, mientras le consumía el hambre? Y, sin embargo, cuando empezó después a pensar en los bienes que había perdido, se escribió de él: “Vuelto en sí, dijo: ¡cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia!”. Si, pues, estuvo consigo, ¿cómo volvió en sí?*

7. *Por eso decía yo que este venerable varón habitó consigo, por cuanto, teniendo constantemente fija la mirada en la guarda de sí mismo, mirándose de continuo ante los ojos del Creador y examinándose sin cesar, no alejó fuera de sí el ojo de su espíritu.*

8. *PEDRO. Entonces ¿cómo se explica lo que está escrito acerca del apóstol Pedro, quien al ser sacado de la cárcel por el ángel, volviendo en sí, dijo: Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviada su ángel y me ha librado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío?”.*

9. *GREGORIO. De dos maneras, Pedro, salimos fuera de nosotros mismos. O bien por las culpas del alma caemos por debajo de nosotros, o bien, somos elevados por encima de nosotros por la gracia de la contemplación. Así, aquel que apacentó a los puercos, cayó debajo de sí por los devaneos de su espíritu y la impureza; el otro, en cambio, a quien libró el ángel y arrebató su espíritu en éxtasis, estuvo ciertamente fuera de sí, pero por encima de sí mismo. Ambos, por tanto, volvieron en sí: aquél, cuando apartándose del yerro de su vida, refugióse en su corazón; éste, cuando de las cumbres de la contemplación, volvió a ser lo que antes era en su estado de ánimo habitual. El venerable Benito, pues, habitó consigo en aquella soledad, en cuanto que se guardó a sí mismo dentro del claustro de su pensamiento; puesto que siempre que le arrebató a lo alto el ardor de la contemplación, no cabe duda que quedó por debajo de sí mismo.*

10-12. (Resumen). Pero ¿tenía derecho Benito a abandonar la comunidad de la que había sido encargado? Sí, porque del mismo modo que Pablo cuando huyó de Damasco, él así se hacía disponible para cumplir un nuevo servicio:

13. *GREGORIO. Como el santo iba creciendo en virtudes y milagros en aquella soledad, fueron muchos los que se congregaron en aquel lugar al servicio de Dios Omnipotente; de suerte que construyó allí doce monasterios con el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo Todopoderoso, a cada uno de los cuales, después de constituir los abades respectivos, asignó doce monjes; pero retuvo consigo unos pocos, a los cuales creyó deber formar todavía mejor en su presencia.*

Comentario

Decididamente, Benito no sale de una prueba sino para entrar en otra. No bien triunfa de la lujuria, la irradiación que resulta de esta victoria es la causa de un nuevo combate. Su naciente prestigio de maestro espiritual, hace que una comunidad monástica lo elija como abad y estos monjes, que son malos, le procuran una tentación análoga a la de la mujer cuyo recuerdo tanto lo había atormentado.

De hecho, estos dos episodios no solamente se encuentran uno a continuación del otro sino que se asemejan. Tanto en uno como en otro, una señal de la cruz rechaza el mal. Tanto en uno como en otro también, Gregorio habla de derrota: “casi vencido” por la voluptuosidad, Benito resulta efectivamente “vencido” por las reiteradas súplicas de los monjes. Aquello que casi realiza en el primer caso – abandonar su desierto–, lo cumple efectivamente en el segundo.

Tanto en un caso como en el otro, se trata de “volver en sí”. La primera vez, esta vuelta en sí se opera, por la gracia de Dios, luego de un instante de extravío, y salva al joven monje de la caída. La segunda vez, pese a que abandona su gruta, Benito no se deja arrastrar fuera de sí. En el momento crítico, su pronta decisión de abandonar su cargo y de volver a su querida soledad, le permitirá “habitar consigo”

sin interrupción. Pero se libró por un poco de esa fatal salida de sí que ilustra la parábola del Hijo Pródigo, de quien el Evangelio dice que “volvió en sí”, desde lo más profundo de su miseria⁴.

De modo que nos encontramos con una nueva tentación, una nueva prueba. A la seducción de la mujer, sigue la oposición de los hombres. A la atracción del placer carnal, se sustituye la trampa de la autoridad, la preocupación excesiva de una responsabilidad pastoral ejercida en vano. Esta vez Benito se arriesga, no ya a abandonar el servicio de Dios y volver al mundo, sino más sutilmente, en el seno mismo de la vida religiosa, a perder la paz interior, la “luz de la contemplación”, la visión de sí mismo y de Dios.

Así como había sucedido la vez anterior, Benito sale victorioso de esta prueba. El descubrimiento del atentado perpetrado contra su vida no consigue turbarlo. Por el contrario, este descubrimiento le sugiere inmediatamente el retiro liberador que custodiará su paz contra el inminente naufragio. Abandona esta autoridad que no ha buscado, que incluso durante mucho tiempo ha rechazado, sin tardanza ni pesar para volver a su amada soledad.

Y la actual victoria, igual que las dos anteriores, tiene también como recompensa una irradiación ejercida sobre las almas. Por haber renunciado a una vana autoridad por su bien espiritual, Benito ve llegar a su refugio a los hombres que buscan el servicio de Dios. Ha abandonado un monasterio y funda doce. Así llega a su culminación la progresión que hemos observado. La influencia de Benito que ha comenzado modestamente por medio de algunas buenas palabras dirigidas a los visitantes laicos, se hizo más profunda luego de la segunda tentación: la gente comenzó a dejar el mundo para ponerse bajo su dirección. Ahora se da un nuevo paso: se organizan verdaderas comunidades. Primero seglares; luego aspirantes a la vida perfecta, finalmente monjes cenobitas: estos son los trofeos cada vez más nobles de aquellos combates.

Para completar esta mirada retrospectiva, observemos ciertas correspondencias entre los tres ciclos ya recorridos. En el primero, Benito se va al desierto para huir de su popularidad entre los seglares. En el segundo, permanece allí a pesar del deseo de una mujer. En el tercero vuelve allí, huyendo del odio de los malos monjes. La estima de los hombres lo llevó a la soledad, su hostilidad lo vuelve a traer. Vanagloria, lujuria, vanas preocupaciones pastorales: cada una de estas cosas ha ido fracasando en su intento de hacerlo caer. Fortificado por este triple asalto, ahora más que nunca es el jovencito que no hace mucho abandonaba la Ciudad, “deseando agradecer sólo a Dios”.

* * *

Tentación, victoria, irradiación: este ciclo bien conocido está nuevamente cerrado y constituye lo esencial del presente episodio. Pero éste posee sus detalles concretos que no carecen de interés. Algunos de estos detalles nos sorprenden. En primer lugar, la elección de un ermitaño para gobernar una comunidad. Benito, como recordaremos, ha pasado directamente de la vida seglar a la soledad absoluta, sin ningún período de aprendizaje en una comunidad monástica. ¿Cómo es posible que se lo llame para dirigir una vida comunitaria de la cual no tiene la menor experiencia?

Sin embargo, Benito no es un caso aislado. En el Libro siguiente, Gregorio relata un hecho análogo acerca de un cierto Eutiquio, originario de Nursia como él; y conocemos por lo menos otro más por Teodoreto, el historiador de los monjes de Siria en el siglo anterior⁵. Estos hechos son significativos. Que un ermitaño se convierta así en abad, no es solamente el indicio de una personalidad excepcional sino también la prueba de que eremitismo y vida común son dos formas estrechamente relacionadas de la misma vocación. Instruido brevemente por el monje Román que le ha dado el hábito, Benito ha llevado realmente en la soledad esa “vida regular” que ahora se preocupa por hacer observar.

⁴ Lc 15,17. La preocupación excesiva tiene por lo tanto el mismo efecto que la lujuria, pecado del Hijo Pródigo. Se establece también una cierta analogía entre los cerdos de este último y los malos monjes de san Benito.

⁵ Gregorio, *Dial.* III,15,2; Teodoreto, *Historia de los monjes de Siria* 4,3-5 (Eusebio de Teleda).

Conscientes de esta afinidad profunda del cenobitismo y del eremitismo en el interior de la única vocación monástica, esos monjes que toman como superior a un ermitaño dan testimonio de que la misma vida comunitaria tiende a las altas virtudes cultivadas en la soledad. Allí indudablemente que Benito no ha experimentado ni la obediencia, ni el soportar a los demás, ni el servicio al prójimo en la caridad; pero ha practicado en un grado eminente la pobreza, la abstinencia y el ayuno, el silencio y el cara a cara con Dios, el combate contra los demonios y la oración incesante. Todo esto interesa también en alto grado a los cenobitas. Lo que buscan en ese hombre que toman como Padre, no es tanto al organizador y al jefe como al guía espiritual y al entrenador en los caminos de la ascesis. Para el cenobitismo antiguo, el abad es sobre todo el modelo y el promotor del renunciamiento.

En el caso presente, sin embargo, nos asombra que esos monjes relajados elijan a un abad tan severo. Desde el principio Benito los ha prevenido. El malentendido nos parece imperdonable, incluso inexplicable. No obstante, podría ser la consecuencia del deseo de integrar a la comunidad a un asceta de prestigio⁶, cuyo patrocinio podría cubrirla con respecto al exterior, mientras que su inexperiencia y su orientación exclusiva hacia las cosas de lo alto, lo harían poco atento a lo que sucediera en el interior.

Otro motivo de sorpresa, y no el menor, es el crimen cometido por esos monjes. El hecho de estos religiosos que tratan de envenenar a su superior no es común y constituye una buena paradoja. Gregorio lo relata francamente, sin pestañear, del mismo modo que en otro lado habla del pecado carnal de un obispo o de las brutales violencias de un abad⁷. Este papa que tiene con respecto a sí mismo y a la Iglesia entera ambiciones infinitas, sin embargo, cuando escribe, se preocupa muy poco de la respetabilidad de los eclesiásticos y de los consagrados.

No se sabe qué pensar de una situación tan extraña. En primer lugar, pone en evidencia el extremado rigor del joven superior, inflexible guardián de la regla. Ese contemplativo a quien quizás creían distraído, desapegado, complaciente, resulta ser un pastor vigilante e intransigente. De repente vemos aparecer la fuerte personalidad del abad, que se expresará, en el otro extremo del Libro, por medio de la redacción de una regla para los monjes⁸. Por otra parte, en ese contraste de una intensa atracción por la contemplación y de un temperamento pastoral de lo más exigente, reconocemos sin esfuerzo la imagen del mismo Gregorio.

Según parece, Benito ha sido riguroso hasta la rigidez y la torpeza. Su fracaso es total: la comunidad entera se levanta contra él. ¿No habrá tratado aunque más no sea, como Gregorio lo recomienda en el *Pastoral*, de complacer un poco a sus súbditos, no por su propio interés sino para ayudarlos a recibir la palabra de Dios⁹? Nos inclinamos a pensar que su juventud y su inexperiencia tienen algo que ver con esta tragedia, que por lo menos le habrá servido de lección, haciéndolo madurar para su tarea de abad¹⁰.

No obstante ¿es esto lo que Gregorio quiere hacernos entender? Pareciera que su intención es totalmente distinta. En lugar de la psicología, lo que le interesa es la doctrina espiritual. Para él, se trata de colocar a su héroe en una situación extrema, casi imposible, en la que podrá legítimamente e incluso deberá lúcidamente preferir la búsqueda solitaria de Dios a una relación pastoral viciada.

De hecho, la aventura de Benito es un poco irreal y romántica. La historia del monaquismo antiguo relata más de un conflicto entre monjes y superiores –Pacomio y sus primeros discípulos, Orsio y su congregación, Sabas que fue echado dos veces de la laura que había fundado– pero nunca, que nosotros sepamos, habla de una tentativa de asesinato. Para encontrar los antecedentes de este

⁶ El prestigio del abad cuenta mucho para los monjes. Ver *Dial.* III,15,5, donde los cenobitas matan un oso, celosos de un ermitaño que hace sombra a su abad.

⁷ *Dial.* I,2,8 (el abad de Fondi); III,7,2-5 (el obispo Andrés).

⁸ *Dial.* II,36.

⁹ Gregorio, *Pastoral* II,8.

¹⁰ Cf. *RB* 64,12: el abad debe tener cuidado de no “romper el vaso” al raer demasiado la herrumbre. Aparte de la vasija que se hizo añicos por su señal de la cruz, ¿no habrá quizás Benito quebrado a sus hombres corrigiéndolos demasiado fuertemente?

acontecimiento inaudito, hay que remontarse a Moisés, a los profetas y al mismo Jesús. Como ellos, Benito representa, frente al pueblo de Dios descarriado, al testigo fiel hasta la muerte¹¹.

Este conflicto de Benito con sus monjes, llevado hasta un extremo fantástico y absurdo, le permitirá abandonar su cargo y volver a su gruta. A esto apunta Gregorio antes que nada. En efecto, el tema de la soledad no ha sido todavía desarrollado como se merece. La vida solitaria, que hasta ahora ha sido presentada únicamente bajo el aspecto ascético, tiene otros valores más altos aún, que deben ser celebrados. Luego de la heroica renuncia de los tres años vividos totalmente de incógnito, en el despojo y el hambre, Benito debe acceder a la “contemplación”, a la “habitación consigo” bajo la mirada de Dios, incluso al “éxtasis”, que es la “cima de la contemplación”¹². Esto no quiere decir que le haya sido negada toda experiencia de este tipo al principio, sino que Gregorio prefiere describir su existencia solitaria en dos tiempos, en los que sucesivamente aparecen, como en una progresión, los aspectos “activo” y “contemplativo” de esa vida.

Vemos entonces la función que cumple este episodio del abadiato fracasado. Sirve de separación entre los dos períodos de vida solitaria. Pone fin a la etapa ascética e introduce apropiadamente el tiempo de la contemplación. Así como las tentaciones de vanagloria y de lujuria provocaron y llevaron a su paroxismo el esfuerzo ascético, la tentación de “salir de sí” a causa de las preocupaciones excesivas trae naturalmente el tema contemplativo de “la habitación consigo”.

Por otra parte, el episodio prepara la sucesión de los acontecimientos, es decir el afluir de vocaciones y la creación de doce monasterios. Como san Pablo, Benito se evade de una situación sin salida sólo para ofrecerse a una acción útil. Así, el monasterio malo que abandona aparece como el anuncio y la antítesis de los que él luego creará. Su verdadera comunidad no será aquella que lo ha elegido a pesar suyo y que lo ha arrancado de su soledad sino aquella que, en su misma soledad, se agrupará a su alrededor.

Este fracaso pastoral desemboca entonces simultáneamente en el tiempo de la contemplación y en el del apostolado fecundo. Estos dos epílogos, aparentemente divergentes, en realidad no hacen más que uno. La fecundidad es una consecuencia de la presencia en sí mismo y en Dios. No existe una verdadera acción sobre los demás que no emane de una contemplación.

* * *

Este asunto del superiorato rechazado, aceptado y abandonado, no juega un papel solamente en la economía de la Vida de Benito. Tiene también resonancias profundas en el destino y la obra de su biógrafo. Tres años antes, los romanos habían nombrado obispo a Gregorio. Monje por vocación y diácono por obediencia, éste había huido de esa nueva función y se había escondido. Obligado por fin a asumirla, se quejó amargamente en sus primeras cartas y el comienzo de los Diálogos renueva estas quejas dolorosas. En el *Libro Pastoral*, que fue su primera obra como Papa, trata de justificar su rechazo inicial del episcopado, de un modo más especulativo y más sereno.

Por lo tanto Gregorio, al hablar aquí de Benito, en realidad trata un asunto que le interesa mucho y que es eminentemente personal. La resistencia que Benito opone a sus electores, su aceptación final a sus deseos: todas esas vicisitudes las ha vivido el mismo Gregorio. Gracias a Dios que no entran en su experiencia ni el conflicto agudo, ni el envenenamiento ni la dimisión, pero ciertamente la liberación y el regreso a la soledad son sueños que obsesionan a este hombre fatigado, enfermo, apasionadamente enamorado de la vida claustral y de la contemplación.

Por eso encontramos en el *Pastoral* múltiples ecos de las páginas que comentamos. Lo que lo ha hecho huir del ministerio pastoral, dice Gregorio, es el doble peligro de la división y de la

¹¹ Por eso hay una diferencia con el obispo Sabino (*Dial.* III,5), envenenado también por uno de sus súbditos pero por un simple motivo de ambición. Sabino no es una especie de mártir como Benito.

¹² Sobre el “volver en sí” del Apóstol Pedro, ver *Hch* 12,11.

extroversión, de estar tironeado por las múltiples preocupaciones que hacen salir de sí. ¿No rechazó el mismo Jesús ser rey?¹³. Sin embargo, si es la voluntad de Dios, hay que aceptar como Moisés, como Jeremías, como Cristo¹⁴. Aun cuando deba hablar sin temor contra los vicios¹⁵, el pastor debe tener cuidado de que la preocupación por los demás no le haga perder de vista su propia alma. A estas preocupaciones exteriores, hay que agregar la vigilancia interior, renovada por la lectura cotidiana de la Escritura¹⁶.

Por lo demás, este problema de la contemplación y de la acción, del retiro y del ministerio, es uno de aquellos sobre los cuales más ha reflexionado Gregorio. El *Comentario a los Reyes*, que sin duda es la última de sus obras, lo replantea en términos particularmente conmovedores. David, que es figura del pastor cristiano, no puede tomar por esposa a Merab, hija de Saúl la vida contemplativa. Imposible para el obispo abandonar su cargo para darse a la contemplación: la “ley de la Iglesia” se lo prohíbe. En cuanto a combinar ministerio y soledad, preocupación por los demás y guarda de sí mismo, es una ilusión que se alimenta al principio pero que resiste mal a la experiencia¹⁷. Estas Confesiones, apenas disimuladas, nos hacen entrever lo que Benito representa para Gregorio: la casi imposible probabilidad de renunciar, con tranquilidad de conciencia, a un cargo abrumador y de volver a aquella “habitación consigo” bajo la mirada de Dios, que es el lugar de toda la alegría espiritual y de toda la verdadera irradiación.

Quizás también el santo Papa ve en su héroe al modelo de la aceptación y el cumplimiento tranquilo de una función no deseada. Benito, en efecto, no rechaza en principio la responsabilidad pastoral en nombre de su propia vocación solitaria y contemplativa. Sus objeciones sólo provienen de su semejanza con sus ovejas y de un presentimiento de inutilidad. Más tarde, cuando los auténticos discípulos se agrupan a su alrededor, los recibirá como hijos, al parecer sin resistencia ni reticencia. La contemplación se complace en la soledad¹⁸, pero no la exige absolutamente. Esto es tan cierto que Benito llegará a la cumbre de la contemplación en Montecasino, en pleno abadiato, como veremos al final del Libro¹⁹. El obstáculo para la contemplación no está en los demás sino en nosotros mismos. Dominar las preocupaciones, permanecer dueños de nosotros mismos y aplicados a la oración: nada más se necesita para hacerla posible en toda circunstancia²⁰.

Un último comentario sobre la formulación de este ideal. “Habitar consigo”: Gregorio se preocupó por expresarlo con una fórmula impactante sobre la que llama la atención mediante una pregunta del diácono Pedro y un hermoso comentario. ¿De dónde sale, por tanto, esta expresión destacada como si fuera una palabra de la Escritura? Dejemos de lado la admirable pero lejana página del *Fedón* de Platón, para quien lo que debe “habitar sólo en sí mismo” es el alma del filósofo separada del cuerpo desde ahora como muy pronto lo será por la muerte²¹. Más cercana en todos los aspectos es la máxima *Tecum habita*, “Habita contigo”, que se encuentra al final de una sátira de Perse²², y Gregorio quizás piensa en ella. Para el poeta latino, que se dirige a un hombre público, se trata de desembarazarse de las mentiras de la reputación y del prestigio y de volver en sí para descubrir la verdad de su miseria moral. Esta variante del “Conócete a ti mismo” no carece ciertamente de grandeza, pero observemos todo lo que Gregorio le agrega: la mirada de Dios, el esfuerzo constante tanto para preservarse del mal como para percibirlo, la soledad que se abraza con el objeto de dedicarse enteramente a esta ocupación incesante²³. Esta joya de la sabiduría pagana adquiere así nuevos colores cristianos y monásticos.

¹³ *Jn* 6,15. Ver Gregorio, *Past.* I,3-4.

¹⁴ *Past.* I,5-7.

¹⁵ *Past.* II,4 y 6. Cf. II,10.

¹⁶ *Past.* II,7 y 11. Cf. II,5 y el “volver en sí” del final (IV).

¹⁷ *Comentario al I Libro de los Reyes* V,178. Cf. 179-180.

¹⁸ *Ibid.* V,179: al salir de la acción, los contemplativos vuelven en cuanto pueden a “su amada soledad”, exactamente como Benito.

¹⁹ *Dial.* II,35,2-3, donde por otra parte, Benito está solo en su ventana.

²⁰ *Com. a los Reyes*, V,180: hermoso pasaje sobre Marta, quien debe conservar, en medio de sus múltiples servicios, la única intención de servir a Jesús, con la mirada vuelta hacia Él.

²¹ Platón, *Fedón* 67 c.

²² Perse, *Sat.* 4,52. Ver los estudios del P. Courcelle que hemos citado en nuestra nota de *SC* 260, p. 143.

²³ Por otra parte, el término opuesto no es el renombre sino la preocupación excesiva.

Guardarse en todo momento, evitar el pecado, vivir y actuar bajo la mirada de Dios: los lectores de la Regla benedictina ya habrán reconocido el “primer grado de humildad”, que Benito presenta con tanta amplitud al principio de su famosa escala al cielo²⁴. Esta disposición fundamental, no es por lo tanto únicamente el punto de partida del itinerario hacia la perfección trazado por Benito. Si creemos a Gregorio, fue también la matriz de toda su obra. Sus virtudes y sus prodigios, el afluir de sus primeros discípulos, la fundación de sus doce monasterios, esto y todo lo demás surgió de una severa atención a sí mismo y a Dios, según la doctrina de la Regla.

Este “primer grado”, en el que el monje está solo frente a Dios, sin que se trate del prójimo, puede ser entonces para el que lo observa, como lo fue para el que lo redactó, una fuente inagotable de influencia bienhechora sobre los demás. “Habitar consigo” es la raíz de “habitar con los otros²⁵”, es decir de toda la vida común, porque es en esta soledad interior donde el monje se encuentra a sí mismo y aprende a vivir sin cesar con el Otro.

5. JAQUE AL ODIOS. UN CORONAMIENTO

IV-VII. (Resumen). Benito realiza cuatro milagros: libera a un monje que estaba en manos del demonio, consigue que brote agua de una roca, hace subir del fondo del lago el hierro de una herramienta, hace caminar sobre las aguas a un discípulo obediente.

VIII,1. GREGORIO. Habiéndose inflamado ya aquellos largares en todas direcciones en el amor de Dios Nuestro Señor Jesucristo, muchos dejaron la vida del siglo sometiendo la altivez de su corazón al yugo suave del Redentor. Sin embargo, como es patrimonio de los malos envidiar el bien de la virtud en los demás, que ellos mismos no apetecen, un presbítero de la iglesia vecina, llamado Florencio, abuelo de nuestro subdiácono Florencio, incitado por la malicia del antiguo enemigo, empezó a tener envidia de las empresas llevadas a cabo por el santo varón y a difamar su vida y a apartar de su trato a cuantos podía.

2. Mas viendo que ya no le era posible impedir sus progresos y crecía la opinión de su vida, y que además muchos eran atraídos incesantemente a una vida mejor por la fama de su reputación: abrasado más y más por la llama de la envidia, se hacía peor cada día, porque deseaba la alabanza de su vida santa, pero no quería llevar una vida laudable. Obcecado, pues, por las tinieblas de la envidia, llegó al punto de enviar al siervo de Dios Omnipotente un pan envenenado, como obsequio. El varón de Dios lo aceptó por su parte con acciones de gracias; pero no se le ocultó el mal escondido en el pan.

3. Ahora bien, a la hora de la refección, solía venir un cuervo de la selva vecina que tomaba el pan de su mano. Habiendo venido como de costumbre, el varón de Dios echó al cuervo el pan que el presbítero le había mandado, y le ordenó diciendo: “En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, toma este pan y arrójalo a un lugar que no pueda ser hallado por ningún hombre”. Entonces el cuervo, abriendo el pico y extendiendo las alas, empezó a revolotear y graznar alrededor del pan como si quisiera decir a las claras que quería sí obedecer, pero que no podía cumplir lo mandado; mas el hombre de Dios le ordenaba una y otra vez, diciendo: “Tómalo, tómalo tranquilo, y tíralo a un lugar donde no pueda ser hallado”. Después de haberlo demorado mucho, al fin el cuervo lo tomó con el pico y, remontando el vuelo, se fue. Transcurrido un intervalo de tres horas, después que hubo arrojado el pan, volvió y recibió de manos del varón de Dios el sustento que solía.

4. Mas el venerable padre, viendo que el ánimo del sacerdote se enardecía contra su vida, dolióse más de él que de sí mismo. Pero el dicho Florencio, ya que no pudo matar el cuerpo del maestro, se encendió en deseos de perder las almas de sus discípulos. Y así, en el huerto del monasterio donde se

²⁴ RB 7,10-30.

²⁵ Cf. Sal 67,7 y 132,1, fundamentos tradicionales de la vida común.

hallaba Benito introdujo siete muchachas desnudas ante sus ojos, que trabándose unas con otras las manos jugando largo tiempo ante ellos, inflamaran sus almas en la perversidad de la lascivia.

Viéndolo el santo varón desde su celda, y temiendo mucho por la caída de sus más tiernos discípulos, considerando que esto se hacía con ánimo de perseguirlo a él solo, evitó la ocasión de aquella envidia de su enemigo, y en todos los monasterios que había construido constituyó preósitos con los respectivos hermanos; y tomando consigo unos pocos monjes mudó el lugar de su morada.

6. Mas no bien el varón de Dios hubo declinado humildemente aquellos odios, el Dios Todopoderoso hirió a su adversario terriblemente. Estando, en efecto, el mencionado presbítero en la azotea cuando supo la partida de Benito y se gozaba de ello, permaneciendo inmóvil toda la construcción de la casa, se derrumbó la terraza en que se hallaba, y aplastando al enemigo de Benito, lo mató.

7. El discípulo del varón de Dios, llamado Mauro, estimó que debía anunciárselo al venerable abad Benito –que apenas se había alejado diez millas de aquel lugar–, diciendo: “Vuelve, porque el presbítero que te perseguía ha muerto”. Al oír esto el varón de Dios Benito, prorrumió en grandes sollozos, tanto porque había muerto su adversario, como porque el discípulo se había alegrado de su muerte. Razón por la cual impuso una penitencia al discípulo porque al darle noticia de lo ocurrido, había osado alegrarse de la muerte del perseguidor.

8. PEDRO. Admirables son y muy estupendas las cosas que dices. Porque en el agua que brotó de la piedra me parece ver a Moisés; en el hierro que emergió de lo profundo del agua, a Eliseo; en el caminar sobre las aguas, a Pedro; en la obediencia del cuervo, a Elías, y en el llanto por la muerte del enemigo, a David. Según se echa de ver, este hombre estaba lleno del espíritu de todos los justos.

9. GREGORIO. Pedro, en realidad el varón de Dios Benito tuvo sólo el espíritu de Aquel, que por la gracia que nos valió de la Redención llenó los corazones de todos los elegidos; de Él dice san Juan: “Era la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”. Y de El escribió también: “Todos nosotros hemos recibido de su plenitud”. Pues los santos pudieron obtener de Dios el poder de obrar milagros, pero no el de comunicar este poder a los demás. Dio señales de su virtud a sus fieles el que prometió dar a sus enemigos la señal de Jonás; en presencia de los soberbios dignóse morir y resucitar delante de los humildes; para que aquéllos vieran a quien habían condenado, y éstos lo que debían amar con veneración. De este misterio siguióse que mientras los soberbios vieron al que habían menospreciado por la muerte, los humildes recibieron la gloria de su poder sobre esta misma muerte.

Comentario

Los cuatro milagros que hemos resumido al comienzo del texto, señalan una especie de entreacto en la sucesión de las pruebas de Benito. Superior general de una pequeña congregación floreciente, el joven abad comienza a ejercer –como luego lo hará más ampliamente en Montecasino– sus dones de visionario y taumaturgo en beneficio de sus monjes. Este tranquilo despliegue de poderes maravillosos se realiza sin aparentes luchas. Lo que ahora muestra Gregorio ya no es al hombre que camina hacia la santidad sino al santo cabal, que puede igualarse a los grandes hombres de Dios de los dos Testamentos: como se dice al final del texto, el agua que brota de la roca es el milagro de Moisés, el hierro que emerge del fondo del lago es el de Eliseo, el caminar sobre las aguas, es el de san Pedro²⁶.

El siguiente episodio que vamos a comentar es, por un lado, el broche de oro de esta serie de prodigios bíblicos: el cuervo obediente recuerda a Elías, mientras que la caridad de Benito con respecto a su enemigo evoca a David²⁷. Pero, por otra parte, Gregorio retoma aquí el hilo de los relatos de tentación. De nuevo Benito se encontrará en una situación dramática, donde tendrá que probar su virtud.

²⁶ Cf. Nm 20,7-11; 2 R 6,5-7; Mt 14,28-29.

²⁷ Cf. 1 R 17,4-6; 2 S 1,11-12.

Este cuarto ciclo de pruebas se asemeja extrañamente al precedente²⁸. El acontecimiento que constituye la prueba es el mismo: una tentativa de envenenamiento. Aunque la reacción virtuosa de Benito no está presentada de la misma manera, como ya veremos, la tentación es idéntica en lo esencial: la de un hombre enfrentado con el odio de sus adversarios que quieren quitarle la vida. La turbación, la cólera, la venganza, el hecho de devolver odio, todo eso que es tan natural que se agite en un caso semejante, sale de la misma zona del alma. Hoy quizás hablaríamos de agresividad. Los antiguos lo llamaban *el irascible*.

Vemos entonces al “irascible” de Benito probado por segunda vez. En este punto, conviene echar una mirada retrospectiva y abarcar el conjunto de las cuatro tentaciones. La primera, como recordaremos era de vanagloria; la segunda de lujuria; la tercera, que se repite aquí, de violencia defensiva. Esta tríada adquiere todo su sentido si recordamos que los antiguos dividían al alma humana en tres regiones principales: en la cima, la parte racional; debajo, los dos apetitos sensibles, el “concupiscible” –que es el centro de los deseos como el de comer o el de procrear– y el “irascible”, del que acabamos de hablar. La primera tentación que sufre Benito, la vanagloria, ataca a la parte racional, mientras que la lujuria depende del “concupiscible” y la violencia del “irascible”.

Por lo tanto Gregorio, en esta serie de tentaciones atravesadas Por Benito, pasa revista a los tres grandes sectores del psiquismo y a los tres capítulos principales de la vida ascética. El santo es probado metódicamente en todos los puntos claves de su ser moral. Sufrir, como Cristo, una triple tentación. Y como Cristo también, si podemos decir así, lleva a cabo una justicia total.

El total dominio de las pulsiones más profundas del alma humana: he aquí entonces, aparentemente lo que esta sucesión de pruebas pretende manifestar. Pero ¿por qué insistir tanto en la última tentación, la del irascible? Al repetirla. Gregorio no solamente quiere subrayar su importancia, sino que también tiene necesidad de esta repetición para poner en evidencia sus dos facetas distintas.

Efectivamente, como ya lo hemos dicho. Benito no reacciona exactamente igual en los dos casos. Cuando descubre que sus monjes lo quieren matar, inmediatamente sale a la luz su calma inalterable: “rostro apacible, espíritu tranquilo”. En cuanto a los asesinos, se comporta con ellos con una asombrosa mansedumbre, pero los deja sin preocuparse aparentemente por su suerte. En este asunto. los únicos rasgos que le interesan a Gregorio son la ausencia de turbación, la perfecta Posesión de sí, la voluntad de “habitar consigo”. Estos rasgos son puramente ascéticos y se refieren solamente al sujeto que los presenta; el prójimo sólo interviene para hacerlos aparecer, por medio de su impotente malicia.

Por el contrario, cuando Benito se da cuenta del atentado del sacerdote, su reacción íntima en el momento del descubrimiento no está anotada. El episodio del cuervo, relatado por Gregorio con una sonrisa, da a entender que esta reacción fue absolutamente apacible. Pero esto no es lo que le importa al biógrafo. Lo que quiere mostrar esta vez es la caridad de Benito. Ya no le interesa la no-violencia, la ausencia de turbación ni el impecable control de las emociones, sino la bondad que se Preocupa por el otro, la piedad por el asesino, víctima de su crimen: “dolióse más del sacerdote que de sí mismo”. Es una segunda victoria sobre el irascible, complementaria de la anterior y que va más lejos. Cuando se es el blanco del odio, es hermoso no odiar, pero mucho más hermoso todavía es amar.

En dos oportunidades. en la continuación del relato, se manifiesta esta orientación positiva hacia el otro. Al principio, de una manera discreta, en las motivaciones de la partida. Benito, igual que luego del primer atentado, se retira ante la persecución; pero en lugar de hacerlo solamente para poner su paz a buen recaudo, esta vez es movido por la preocupación de las almas que le han sido confiadas: decide desarmar al mal sacerdote desapareciendo, porque teme, por sus discípulos, las maniobras corruptoras de este último.

²⁸ Quizás para hacer justamente menos sensible esta repetición, Gregorio ubica una serie de milagros entre los dos ciclos.

Pero esta señal de humilde caridad es poca cosa al lado del dolor que estalla cuando Benito se entera de la muerte de Florencio y de la alegría de Mauro. Reaparece aquí el amor al enemigo con toda su fuerza. Esta respuesta del bien al mal, del amor al odio, subrayada por la comparación con David, es la cumbre de la ascensión moral que Gregorio hace llevar a cabo a su héroe. Luego de esta purificación suprema, ya no queda más que cerrar la era de las pruebas y abandonar Subiaco.

Por lo tanto. Gregorio ha desdoblado la tentación del irascible para analizarla a fondo. Nos encontramos aquí con un procedimiento de exposición que ya habíamos visto antes. Benito, como recordaremos, vivió dos períodos solitarios: el primero de absoluta renuncia ascética y el segundo iluminado de claridades contemplativas. El abadiato frustrado actuaba de separación entre los dos. Ahora, como vemos, Gregorio trata el tema de una manera análoga, presentando sucesivamente los aspectos ascético²⁹ y caritativo de la lucha contra el irascible. Y, como vimos más arriba, los separa con un entreacto que consiste en la serie de los cuatro milagros.

Para concluir esta retrospectiva, observemos que las dos tentaciones del irascible se articulan una con la otra, exactamente como los ciclos de la prueba anterior. Los cuatro milagros intermediarios hacen sin duda que esta conexión sea menos aparente; pero no por eso es menos real. La victoria sobre la turbación y la cólera se resuelve, como recordaremos, en un afluir de vocaciones y en la fundación de doce monasterios. Ahora es precisamente este éxito lo que le hace sombra al sacerdote Florencio y provoca nuevas amenazas contra Benito. Al llevar como de costumbre, a una irradiación sobre los hombres, este primer triunfo sobre el irascible ha engendrado la ocasión del segundo.

Tentación, victoria, irradiación: el ciclo habitual se repite aquí por cuarta vez. Pero con una variante, o más bien con una aparente laguna. No se habla, al final de nuestro relato, de una nueva irradiación. Benito se aleja humildemente, en puntas de pie, sin sacar ninguna ventaja visible de su victoria moral. Solamente en la continuación del texto veremos los resultados positivos de este repliegue que tiene la apariencia de una derrota. La purificación del Monte Casino, la abolición de los cultos idolátricos, la conversión de la gente de los alrededores en medio de un desencadenamiento de violencias demoníacas, serán los frutos a distancia, de una especie totalmente nueva, del último triunfo de Benito sobre sus pasiones.

* * *

Después de haber desentrañado el sentido general del episodio, podemos detenernos en algunos detalles. En primer lugar, la conducta escandalosa del sacerdote. Después de la de los monjes que querían matar a su abad, no hay en ella nada que pueda sorprendernos. Los primeros envenenaron el vino de Benito, y este miserable envenena su pan. El santo varón parece tener el don de exasperar las pasiones hasta el crimen.

Aquí la pasión se llama envidia. Tanto a los ojos de Gregorio, como de muchos de los Padres, ésta es el mal propiamente diabólico que suscitó la tentación de la serpiente en el Paraíso y fue la causa de la caída de nuestros primeros padres³⁰. Cualquiera que se deje llevar por ella, se convierte en sujeto del diablo³¹. Florencio se asemeja en particular al desgraciado Saúl, celoso de David³², mientras que Benito, por su magnánima caridad, aparecerá semejante a este último.

La envidia del sacerdote tiene como objeto el valor y la influencia espirituales de Benito, maestro de la vida perfecta. Por eso, cuando fracasa en su tentativa de asesinato, se ensaña bastante naturalmente con la virtud de los discípulos del santo, tratando de destruir esa vida casta de la cual está celoso.

²⁹ Este conduce a la contemplación de la segunda soledad, que alternativamente preparan la primera soledad y la primera victoria sobre el irascible. Aquí existe una interferencia del esquema acción-contemplación y del esquema antropológico (racional, concupiscible, irascible).

³⁰ Cf. *Sb* 2,24-25. Más arriba (*Dial.* II,1,5) ya aparece la envidia del diablo en su primera manifestación, cuando envidia (*inuidens*) la caridad de Román y la refección de Benito".

³¹ *Past.* 3,10; *Mor.* 5,84-86.

³² *Mor.* 5,84.

Algunos, con bastante verosimilitud, han visto en la danza de las siete muchachas desnudas ciertos ritos mágicos de fecundidad practicados en la Antigüedad pagana y por numerosas poblaciones rurales a través de las épocas. La enormidad del escándalo quedaría así atenuada: aparte de la mala intención del sacerdote, las muchachas no habrían hecho más que conformarse a las costumbres recibidas.

El cuervo inteligente, servicial, obediente, es el único animal de esta especie que aparece en la Vida de Benito: pero se encuentran varios que se le parecen en los otros Libros de los Diálogos. Dos siglos antes, Jerónimo y Sulpicio Severo ya habían popularizado ese tipo de milagro, que se remonta hasta la Vida de Antonio, es decir, a los mismos orígenes de la literatura monástica. Franciscanos por anticipado, estas maravillas de animales que obedecen a los santos tienen un significado profundo. Simbolizan el retorno al Paraíso, la armonía restablecida entre las creaturas y el hombre, habiendo recuperado este último la posesión de sí mismo y la gracia de Dios.

El cuervo aquí hace pensar un poco en Noé, pero sobre todo en Elías³³, tal como el narrador se preocupará por hacer notar. Porque al mismo tiempo que somete a Benito a una última prueba, Gregorio prosigue, como ya hemos dicho, con su galería de cuadros de los dos Testamentos. La otra escena maravillosa que completará a ésta, es el duelo de Benito por su perseguidor, reflejo de David llorando a Saúl.

Esta grandeza de alma de Benito está subrayada por un detalle que merece ser puesto de relieve para terminar: así como Florencio “se alegró” de su partida, Mauro, a su vez, “se alegra” por la desaparición de su enemigo. Entre estas dos alegrías antagonistas, por y contra él, el varón de Dios aparece como un justo que domina el tumulto del que es objeto. Las pasiones humanas desencadenadas a propósito de él no lo alcanzan, e incluso no soporta que uno de los suyos se deje llevar por ellas. David había castigado al joven amalecita que le anunciaba la muerte de Saúl como una buena noticia. Asimismo Benito impone una penitencia al discípulo que se atrevió, al enviarle semejante mensaje, a alegrarse de la muerte de un enemigo.

* * *

Esta magnanimidad que recuerda a David, es el último de los cinco milagros imitados de la Biblia que Gregorio –o más bien el diácono Pedro– recapitula con admiración al final del texto. Pero ¿se trata realmente de un milagro? Mas bien es una maravilla moral, de orden puramente espiritual. La repentina muerte de Florencio aparece como un castigo del cielo, una manifestación fulminante de la justicia divina. Este milagro, si puede llamárselo así, es el único que se produce. En cuanto a la reacción de Benito, no es más que un rasgo de sublime virtud, en el que ciertamente se manifiesta el Espíritu de Dios pero sin trastornar el mundo físico.

Por lo tanto, la última de estas cinco escenas tomadas de modelos bíblicos, que pone punto final a toda la gesta de Subiaco, es un prodigio moral y no un milagro propiamente dicho. Gregorio aplica así a la Vida de Benito, un procedimiento de composición que ya ha usado dos veces en el Libro anterior: completar una serie de milagros físicos con una simple maravilla de orden espiritual³⁴. Semejante procedimiento dice mucho acerca del objetivo de este compendio de milagros que son los Diálogos. Como lo hace notar insistentemente Gregorio en muchas oportunidades³⁵, los actos de paciencia y de humildad heroicos, llevan ventaja sobre todos los milagros incluso el de la resurrección de un muerto. El milagro no es más que un signo de la virtud. La verdadera grandeza está adentro. Lo que ay que buscar no son los “signos” sino la “vida”.

En otra parte, Gregorio exalta de este modo la paciencia y la humildad sobre todo poder milagroso. Aquí lo hace también con la humildad³⁶, pero sobre todo con la caridad, en su forma sublime de amor a los enemigos. Ninguna nota de esta partitura era tan apta como ésta para llevar el calderón al

³³ Y no en Eliseo, como hemos escrito por error en la nota de *Dial* II,8,3 (SC 260, p. 162).

³⁴ Noticias sobre Libertino y Constancio (*Dial*. I,2 y 5).

³⁵ *Dial*. I,2,8; 5,3; 12,46. Cf. t. I (SC 251), pp. 86-87.

³⁶ *Dial*. II,8,6 (“humildemente”) y 9 (“humildes” bis).

terminar esta primera parte de la vida de Benito. La caridad de Benito, expresamente ilustrada con el ejemplo de David, hace pensar también en Esteban y Cristo moribundos. El eco de su oración por los perseguidores, le da toda su grandeza a este triunfo de la reina de las virtudes.

* * *

Por otro atajo, y en la forma más explícita, la meditación final de Gregorio culmina. también en Cristo. Debemos subrayar muy fuertemente este hecho, tanto más cuanto que este hermoso pedazo sobre el Redentor se cita muy raramente. Así como la frase anterior Benito “lleno del espíritu de todos los justos” se hizo célebre, nos olvidamos de la gran conclusión cristológica cuya introducción es la única misión de la primera. Todos los milagros de los dos Testamentos y los de Benito que los reproducen, están aquí relacionados con Cristo muerto y resucitado, humilde y glorioso, su única fuente³⁷.

Esta página ferviente, por donde pasa toda la fe y el amor de Gregorio por Cristo. corona una composición muy estudiada y que merece ser considerada con cuidado. Los cinco personajes bíblicos que antes hemos enumerado, están ubicados en un orden notable. En el centro, el Apóstol Pedro, única figura del Nuevo Testamento. Antes y después de él, los santos del Antiguo Testamento que se corresponden de a dos: Eliseo forma pareja con Elías, Moisés con David. En el texto, los dos profetas son los vecinos inmediatos de Pedro y también son los más cercanos a él en la historia. Más allá, el mediador de la antigua Ley y el rey salmista, más alejados de Pedro en el texto, están a mayor distancia de él también en el tiempo. Si marcamos con flechas las secuencias cronológicas, obtenemos el siguiente esquema³⁸:

Moisés → Eliseo → Pedro ← Elías ← David

Para el que conoce Roma, este ordenamiento recuerda inmediatamente ciertos mosaicos absidales, particularmente el de la basílica de los santos Cosme y Damían, en el Forum, que data del pontificado de Félix IV (525-529), es decir, de los mismos años en que Benito terminaba su estadía en Subiaco. Allí Cristo está en el centro rodeado por los Apóstoles Pedro y Pablo y de los mártires Cosme y Damían³⁹:

Damián ← Pablo ← Cristo → Pedro → Cosme

Aparte del sentido de nuestras flechas, la disposición es la misma. Si Cristo, en los Diálogos, está ubicado en otro lugar –después de los cinco varones de Dios de acuerdo al orden del texto⁴⁰, y por encima de ellos en majestad, de acuerdo al pensamiento expresado– es porque esta posición exterior y sublime corresponde al hecho de que el mosaico coloca a Cristo muy por encima de los otros personajes, sobre un pedestal de nubes, con una corona que desciende del cielo sobre su cabeza, que le alcanza la mano del Padre.

¿Pensaría Gregorio en un modelo de este estilo cuando componía su cuadro? En todo caso, la analogía es tanto más notable cuanto que esa recapitulación de los cinco milagros corresponde exactamente al orden de los relatos. Por lo tanto, el autor de los Diálogos debió pensar en disponerlos según esta figura, antes de redactar su obra. Si pensamos que intervienen otros principios de clasificación en su ordenamiento⁴¹, nos quedamos sorprendidos frente a la habilidad que despliega Gregorio en ese trabajo de composición.

³⁷ Cf. *Com a los Reyes*, IV,61: de la plenitud de Cristo fluyen las virtudes particulares de Moisés, Abraham, José, Job, Finés. Allí también Gregorio alinea cinco figuras, pero todas del Antiguo Testamento.

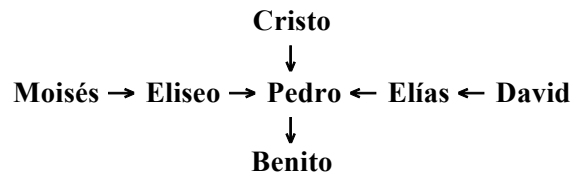
³⁸ Esta composición centrada en un solo personaje del Nuevo Testamento, con dos personajes del Antiguo Testamento a cada lado, nos hace pensar en el hecho siguiente: para designar a Florencio, Gregorio emplea dos veces *presbyter* (1 y 3), luego una vez *sacerdos* (4), y luego nuevamente dos veces *presbyter* (6-7).

³⁹ Además, en el extremo izquierdo está el papa Félix y en el extremo derecho el mártir Teodoro.

⁴⁰ Lo cual lo ubica como vecino de David, cuya “virtud” totalmente espiritual, evangélica por anticipado, es de algún modo la más cristiana.

⁴¹ Monasterios periféricos (II,4-5) y monasterio central (II,6-7); alternancia de los compañeros: Mauro (4), plácido (5), Mauro (6), Plácido y Mauro (7).

Pero este grupo de los cinco taumaturgos bíblicos, tan bien ordenado, no es más que un motivo ornamental de la gloria de Benito y de Cristo. Completemos entonces nuestro esquema, haciéndolos figurar:



Recordamos que nuestras flechas marcan simplemente las relaciones temporales. En cuanto a las relaciones de influencia, Cristo ejerce la suya sobre cada uno de los cinco personajes y Benito, a su vez, recibe de El directamente la gracia multiforme que lo hace el sucesor de todos. Incomparable grandeza del santo de Subiaco, síntesis de las más altas figuras de la Escritura, y único agente de las maravillas sembradas por Dios en el curso de los siglos de la historia de la salvación. Pero esta grandeza depende íntegramente de su inmediata unión con Cristo, cuyo Espíritu posee.

La primera parte de la Vida de Benito se termina entonces con una especie de apoteosis, que no es tanto la del mismo santo como la del Señor de la gloria de quien lo ha recibido todo. Cristo viene magníficamente, al término de la juventud de Benito, como para realizar una especie de coronamiento anticipado de su propia obra. Como el gloria que sigue a cada salmo, como la doxología que concluye cada colecta, un himno a la “Luz que ilumina a todo hombre” finaliza la gesta de Subiaco.

Efectivamente, aquí hemos llegado realmente a un final. Todo nos lo advierte. En el transcurso de este último episodio, Gregorio ha multiplicado los ecos de los primeros capítulos. El mal sacerdote que envenena a Benito nos hace pensar en el buen sacerdote que un día de Pascua lo convidó; el buen cuervo nos recuerda al mirlo diabólico; la danza de las siete muchachas evoca la tentación de lujuria en la gruta; el segundo envenenamiento renueva el primero. De modo que, más allá del grupo de los cuatro milagros⁴², reaparecen para concluir muchos hilos de los primeros relatos. Como para completar esta inclusión, la humildad de Benito frente a su perseguidor nos retrotrae a aquella que lo había impulsado a desierto para huir e sus admiradores.

Pero una vez más, no se trata tanto de Benito como de Cristo. Para concluir nosotros mismos con una mirada sobre este último, observemos cómo Gregorio ha preparado su venida en esta conclusión, por medio de los *excursus* de los capítulos anteriores. El primer *excursus*, como recordaremos, comparaba a Benito con los levitas. El segundo lo aproximaba a los Apóstoles Pedro y Pablo. El tercero, que es el que encontramos aquí, lo asocia a diversos santos de la Escritura sólo para ponerlo frente a Cristo en persona. De este modo, de los misterios de la Antigua Alianza, hemos pasado a los Apóstoles de la Nueva y finalmente al Verbo Hecho carne, Señor de la historia. Gregorio, en su calidad e Obispo, sabe cómo se organiza una liturgia de la palabra. A semejanza de estas celebraciones, su Vida de Benito está íntegramente construida de manera de glorificar a Cristo.

La, Pierre-qui-Vire
Francia

⁴² Este grupo forma el panel central de un tríptico cuyas dos hojas se corresponden, a semejanza de la composición centrada que acabamos de analizar. Por otra parte, los tres primeros *Libros de los Diálogos* forman un tríptico análogo.